



170
años

EL SALTO DE TRAFALGAR

ERNESTO
RODRIGUEZ

Primera edición junio 2015

© Ernesto Rodríguez, 2015

© de esta edición, 120 PIES editores S. L., 2015

www.120pieseditores.com

hola@120pieseditores.com

Diseño de cubierta: The Woork Co.

www.thewoork.co

ISBN: 978-84-943924-4-3

Todos los derechos reservados. Queda prohibida toda reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio (electrónico, mecánico, reprografía, grabación u otros) o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El salto de Trafalgar

Ernesto Rodríguez

«Héteme aquí ante estas páginas blancas, mi porvenir, tratando de derramar mi vida a fin de continuar viviendo, de darme la vida, de arrancarme a la muerte de cada instante».

Miguel de Unamuno.

01

A las 19:40 horas del viernes 13 de diciembre del año 2013 después de Cristo llega a su ático el escritor Miguel Tasot y lo primero que hace es quitarse los zapatos y suspirar aliviado. Ha pasado el día entero de reunión en reunión: su agente le ha intentado asustar con una amenaza de cancelación del contrato que habían firmado con una prestigiosa editorial para su próxima novela. Por lo visto no quieren seguir esperando a que Tasot acabe el manuscrito que tiene a medias. Ya han prorrogado la fecha de lanzamiento hasta tres veces, le han dicho los de la agencia. ¿Cuánto te queda, Miguel? No lo sé, estoy atascado en un pequeño detalle. Ha almorzado con Luis, un amigo editor, y este le ha dicho que no les haga ni puto caso, que no le van a dejar escapar así como así. Luis está muy desmejorado desde que su mujer cayó enferma de un cáncer. Está pensando en vender el negocio, pero no está seguro de si alguien querría comprarlo. Por la tarde ha visto a unos representantes de una editorial italiana que quieren traducir dos de sus novelas más famosas. Quieren restar uno o dos puntos de derechos. Que no quieran publicarlas en bolsillo no le importa tanto como que quieran tocar su porcentaje. Por ese aro no piensa pasar.

Miguel entra en el lavabo y se mira en el espejo. Se quita las gafas de cristales redondos y acaricia su barba. Ve un pelo en su nariz redondeada. Coge unas pinzas y se lo quita. Se suelta la coleta. Busca un pañuelo que tiene en el bolsillo del pantalón y lo anuda alrededor de su cabeza.

Después de los italianos, Miguel se ha reunido de nuevo con su agente para comentarle el asunto de los porcentajes de derechos de autor, y este le ha dicho que se mantenga firme. Luego han estado viendo unas fotos filtradas de la mujer de un futbolista amigo suyo. En ellas aparece desnuda sobre una colchoneta inflable aparcada en un césped. Una mujer con estilo, se ha dicho Miguel Tasot. Ha podido conversar con ella un par de veces en algún evento y siem-

pre ha supuesto que tenía el ano depilado. Comprobar que estaba en lo cierto no ha menguado la extraña sensación de pena y deseo que ha sentido al ver las fotografías.

Miguel ha salido del lavabo y ha avanzado por el pasillo hasta la altura de la cocina y el salón, uno a cada lado. Finalmente ha girado a la derecha para entrar en la cocina y servirse un vaso de agua embotellada. Lo bebe con ansia, tiene muchísima sed. Suena el teléfono en el salón.

Al salir de las oficinas de su agencia, Miguel se ha dado una vuelta por un centro comercial que hay por la zona, ha entrado en una librería y ha buscado su última novela en la sección de narrativa contemporánea. Estaba entre un libro de un escritor francés que él admira y otro de un autor americano que desconoce. Decide comprarlo. Ha vuelto caminando hasta Lavapiés. Total, eran solo unos quince minutos de trayecto.

Al entrar en el salón coge el teléfono. Una señorita con acento sudamericano que dice llamar en nombre de Ono, pregunta por la línea de fibra óptica que utiliza en ese momento el caballero. Miguel cuelga sin responder nada. Hace un barrido visual a la estancia. Dos sofás en forma de ele, una mesita de madera noble, una mesa de cristal y cuatro sillas. Una televisión gigante, permanentemente apagada. El techo alto en diagonal, como de una buhardilla, de vigas vistas y una cruzada. Las paredes llenas de estanterías con un sinfín de libros que no ha escrito él. Todo el tiempo que había pasado allí y todo el tiempo que nunca iba a pasar. Suspira. Sale del salón y entra en su habitación, al final del pasillo. Abre el armario. Abre un cajón inferior del armario. En él está su ropa interior doblada. Rebusca entre la ropa hasta que encuentra algo. Empieza a tirar de eso: una cuerda que sale de entre la ropa como un intestino y se va doblando en sus brazos.

Un rato antes, cuando se estaba mirando en el espejo del lavabo, Miguel Tasot, de cuarenta y pico años, se ha sentido muy viejo y muy aburrido. Ha pensado que hace mucho tiempo que no se siente de otra manera.

Con la cuerda en una mano, cierra la puerta del cajón y

luego la del armario. Vuelve al salón y mira al techo.

Mira al techo durante un buen rato.

A las 20:20 horas del viernes 13 de diciembre del año 2013 después de Cristo, en un ático del barrio de Lavapiés, Madrid, capital de España, la bolsa de la compra de Encarna Verde cae al suelo y, en ese lance, se rompen algunos huevos frescos que hay en su interior metidos en una huevera de cartón. La llevaba en brazos, pero se ha distraído en cuanto ha llegado a la cocina y ha visto de soslayo en la estancia que hay enfrente, al otro lado del pasillo, algo que no le ha parecido nada normal: unas piernas suspendidas en el vacío. Encarna hace caso omiso del estrépito que hace su compra al caer y entra en el salón. De la viga que cruza el techo cuelga una cuerda en cuyo extremo hay una soga que ha ahogado hasta la muerte a su marido que permanece colgado como una pieza de ternera como la que acaba de comprar en la carnicería. El fallecido se llama Miguel Tasot y, en esta versión, tiene y tendrá para siempre 46 años, 6 meses y 9 días.

Unos meses después, a las 18:10 horas del lunes 15 de septiembre del año 2014 después de Cristo en un barrio periférico de Barcelona, ciudad capital de Cataluña, aún una comunidad autónoma de España, por fin (y aún) un país europeo, las cuerdas de tender la ropa de los vecinos del 3º 1º, el 2º 1º, el 2º 4º, y el 1º 1º del edificio en el que vive Trafalgar Martos se rompen estrepitosamente. Las cuerdas del vecino del 1º 4º, por su parte, se tensan hasta el extremo pero no llegan a partirse, haciendo que la caída de su vecino del 4º 1º por el patio de luces no sea mortal y su intento de suicidio acabe con un feo golpe en la cabeza,

unas cuantas magulladuras y el brazo izquierdo roto.

Trafalgar Martos tiene 35 años, 2 meses y 13 días y es, desde hace 6 años, profesor de lengua y literatura en un colegio concertado. Hoy ha sido la vuelta al colegio. Su última clase, a alumnos de primero de secundaria, ha acabado a las 16:05 horas. El cambio de primaria a secundaria siempre afecta a los chavales. Los que el curso pasado eran niños preguntones ahora son preadolescentes rebeldes. Ha salido del centro escolar a las 16:12 horas, tras intercambiar algunos comentarios triviales con Gala Caruso, la guapa profesora de matemáticas de la que está estúpidamente colgado. La vuelta al infierno, vienen insoportables. Cada año es peor. En fin, habrá que aguantar. Sí, claro. Bueno, nos vemos mañana. Sí, claro, mañana más. Se han despedido, yendo cada uno por su lado a la salida del colegio. Trafalgar Martos ha entrado en el vagón del metro seis minutos después y ha llegado a su piso a las 16:43 horas. Se ha puesto la ropa de andar por casa (unos pantalones de baloncesto, una camiseta vieja que algún familiar compró alguna vez en un viaje a Tenerife y unas zapatillas a cuadros con apertura por delante para que respiren los dedos), se ha preparado un café soluble con leche y a las 17:05 horas se ha sentado en el sofá a ver la televisión. La programación viraba desde un documental de Gambia hasta un programa en el que unos chicos-clembuterol flirteaban ante las cámaras con algunas chicas-silicona. España es un idiota país en crisis que nadie se toma en serio. Trafalgar Martos se ha descubierto a sí mismo, a las 12:45 horas de este mismo día, parafraseando a una drogodependiente curtida en la prensa del corazón para que sus alumnos entendiesen mejor, a partir de un contraejemplo lleno de ambigüedades, una parte de la lección sobre el contraste entre los Pretéritos Imperfecto e Indefinido. Los chicos, estos de 15 años, se rieron. Luego hicieron algunas bromas. Trafalgar Martos dijo «Vale, seguimos la clase». Pero no le hicieron demasiado caso. A las 17:25 horas, el profesor de literatura se ha visto atrapado por una telenovela barata a la que le enganchó su madre. La secretaria y el jefe están enrollados

y su mujer se va a enterar en cuanto el jefe no le dé al subdirector lo que le está pidiendo aunque, Dios mío, sea obsceno. Un argumento barato y predecible que aburre a Trafalgar, pero que aun así ve porque quiere algo fácil que no le haga pensar. Y así hasta las 18:09 horas, momento en que Trafalgar Martos, estando tranquilamente sentado en el sofá, siente que sobre él cae una gigantesca ola de culpa. Tuerce el gesto repentinamente, mostrando un asqueo y un hartazgo súbito, y dice:

–No aguanto más.

Y se levanta. Se acerca hasta su habitación, abre la ventana del patio de luces, mira la caída de cuatro pisos durante unos breves instantes y salta al vacío.

A las 11:00 horas del día siguiente, Trafalgar Martos está postrado en una cama del hospital Clínico de Barcelona. Tiene 35 años, 2 meses y 14 días y responde «No sé» cuando su madre, presa de un ataque de nervios, sentada en una silla al lado de la cama, le pregunta «Por qué lo has hecho». No sé. Hijo mío, qué disgusto. Por qué lo has hecho. Trafalgar Martos no sabe por dónde empezar a explicar la oleada de decepción que le sobrevino: cómo hacerle entender a nadie la sensación de abominable responsabilidad que le inundó. Por qué sintió con toda su plenitud la pesadez y las repercusiones de todas y cada una de las cosas que nunca había hecho. Cuánto llegó a herirle, hasta sentirse totalmente vacío, la idea de estar perdiendo el tiempo. El caso, piensa él, es que hoy tiene un día más que ayer, pero sigue sin haber en él esperanza, y sí la conciencia de que esta jornada más de vida será otro montón de horas tiradas a la basura. Ayer, con 35 años, 2 meses, 13 días y el brazo izquierdo aún en perfecto estado, el profesor español no vislumbró en ningún margen de sus pésimas coordenadas que aquel olvidable párrafo de vida que estaba escribiendo fuera a encontrar nunca el punto y aparte.

Podría decirse que, en el justo instante en que se levantó del sofá, acababa de entender que esa imposibilidad nacía y moría, sencillamente, en su pacata voluntad de mortal aferrado a la respiración y a una retahíla de excusas peregrinas y compromisos mal fingidos, como si eso solo ya valiera cualquier pena. Un día después, se encuentra vivo en una realidad que se le antoja un contenedor con las sobras de otras realidades. Trafalgar Martos parece tener la certeza de habitar en el peor de los mundos posibles. O quizás no. En fin, se le ocurren versiones peores, versiones en las que ni siquiera conoce a Gala, por ejemplo. Realidades en las que uno y otro aún no se hubiesen cruzado y Trafalgar persiguiera mundos peores que el cuerpo de ella. Le gusta vivir en su misma realidad. Le gusta interpretarla a su manera: imaginar qué le gusta y qué le cansa por su manera de moverse o por el tono de su voz. Le gusta inventarle una vida, una serie de experiencias necesarias para ser el tipo de mujer que a él le gustaría que fuera. Solo necesita preguntárselo, solo necesita decidirse a conocerla de verdad. Esa mujer que se ha inventado es su bomba de oxígeno. Y que una vida de rendiciones, un trabajo indeseable, unos niños toca cojones y una programación televisiva de mierda hagan que todos los días de su vida se den de bruces contra los límites grises de una pantalla blanca, puede con los nervios de Trafalgar Martos, el cual suspira en su cama del hospital y funde momentáneamente a negro esta realidad, cerrando los ojos.

—En fin.

02

–En fin.

Son las 11:07 horas del martes 16 de septiembre del año 2014 después de Cristo en Barcelona, ciudad capital de Cataluña, aún una comunidad autónoma de España, por fin (y aún) un país europeo. Trafalgar Martos tiene 35 años, 2 meses y 14 días y, cuando abre los ojos, se encuentra en la sala de profesores de su colegio. Sentados frente a él están David García, uno de los alumnos más alborotadores de tercero de secundaria, y su padre. El día anterior Trafalgar Martos no se tiró por el hueco del patio de luces, por lo que se encuentra en perfecto estado físico, dejando a un lado la por momentos insoportable migraña que se le había instalado desde hacía ya más tiempo del que podría tolerar cualquiera. No obstante, durante una fracción de segundo siente un escalofrío que nace en su codo izquierdo y llega directamente hasta su nuca, provocándole un picor burbujeante.

–Este año te vas a portar bien, ¿verdad, David? –dice el padre a su hijo, que asiente con la mirada clavada en sus zapatillas deportivas–, ¿verdad?

–Sí –dice él en un hilo de voz.

–Tranquilo, profesor, que este se pone las pilas como que me llamo Juan García. ¿A que sí, David?

–Sí, sí –concede el niño.

–Claro que sí. Y si no, ya verás –sentencia su padre.

Trafalgar supone que esta visita inesperada se debe al mal curso que había hecho David el año anterior. Hay muchas posibilidades de que este año repita si sigue en esta dinámica. La trayectoria de este chico parece que le aleja más y más del mundo académico, y Trafalgar, como todos sus profesores, sabe que solo está haciéndole acumular minutos basura. La reunión se alarga aún unos diez minutos llenos de promesas que se incumplirán y pactos en los que nadie cree.

Y eso es lo que hay y lo que ha habido. ¿Por qué, enton-

ces, Trafalgar Martos siente sobre sí la desolación que le infligen dos posibilidades vitales? ¿Por qué lo has hecho? Le ha dicho su madre. Pero ahí no está su madre.

Trafalgar Martos, un tanto desorientado, se despide de Juan García y acompaña a su hijo hasta el aula donde se encuentra Salva, el profesor de sociales, explicando algo mientras señala un mapa de Europa. Invita al niño a entrar y Trafalgar se queda solo en el pasillo, de pie, mirando al vacío, intentando ordenar sus ideas.

01

Son las 12:40 horas del martes 16 de septiembre. Trafalgar Martos yace en una cama del hospital Clínico junto a la cual está sentada su madre. Trafalgar la mira estupefacto porque no puede, en ese instante, mirar nada de otra forma. Tiene todo el cuerpo magullado, el brazo izquierdo escayolado, una aparatosa venda en la cabeza y una madre desolada que no entiende por qué su chiquillo ha intentado darse billete. Esto es así, ayer se hartó y se tiró por el hueco del patio de luces. Y punto.

–¿Qué hora es, mamá?

–La una menos veinte, hijo.

–¿Cuánto rato llevas aquí?

–Una hora, ¿tan largo se te ha hecho?

–¿Y yo? ¿Desde cuándo estoy yo aquí?

–Desde ayer, hijo. Desde ayer –dice ella, acariciándole la mano con cuidado de no moverle la vía. Le mira mirar el espejo que hay frente a su cama, sin verlo. Mirando en realidad al vacío. Y el espejo reflejando la cara de Trafalgar, mirándose fijamente sin verse. Sus ojos marrones y dentro de ellos todas las preguntas del mundo.

Son las 18:40 horas. La pequeña habitación de Trafalgar se encuentra atestada de profesores deprimidos reunidos en torno a la cama del que quizás no esté más deprimido, pero sí tiene peor aspecto. Salva Romero, el profesor de sociales, le ha llevado una caja de bombones en nombre de todos. También están Pepe Méndez, profesor de historia; Julia Sansón, profesora de informática; Iván Escribano, profesor de educación física; y Gala Caruso, la cual, según la perspectiva de Trafalgar Martos, parece compungida, con la mirada vidriosa y titilante clavada en el suelo. El turbulento estado nervioso de la profesora de matemáticas congra-

tula oscuramente al profesor de lengua y literatura, que quiere asociar esos nervios al hecho de que esto le haya pasado a él, y no al dato de que esto le haya pasado a alguien que, sencillamente, tiene el mismo trabajo que ella. Los ojos verdes de Gala. Cuánto de ese verde es de cada una de esas dos posibilidades. Cuánta de esa preocupación es por la idea abstracta de la muerte y cuánta es por él. El cambio de foco es leve pero significativo: verbo o carne. Todas estas disquisiciones, sin embargo, son como moscas aplastándose contra la luna delantera de un coche cruzando a todo gas el desierto de los Monegros. Tal y como toman forma para su perspectiva, se aplastan contra la certeza de que cualquier razonamiento es inútil.

A estas alturas del día, el extraño viaje multiversal que le ocurrió a Trafalgar Martos por la mañana ha quedado encerrado en un marco de alucinación por jugar con la franja del dolor. Le parece idiota por su parte haber considerado verosímil la posibilidad de que tal cosa hubiese ocurrido de verdad, y esconde la vergüenza entre risas y chistes con sus compañeros de trabajo. Trafalgar, macho, ¿cómo estás? Estoy para lo que quieras. Y yo también. Y yo. Para lo que sea, hombre. Gracias, no hace falta, si estoy estupendo. Es que volver de las vacaciones no le sienta bien a nadie, dice el profesor de sociales.

–No, si mis vacaciones tampoco...

Risas. Trafalgar mira al vacío, serio.

–Me dije, calla, que igual sabes volar y no te habías enterado.

Ningún profesor sabe si tiene que reír o no. Gala le acaricia la cara. Trafalgar se vuelve hacia ella, sorprendido, asustado, agradecido, e infantilmente excitado.

–La próxima vez prueba a intentarlo desde el suelo. A ver si solo te elevas.

Trafalgar, que se había vuelto hacia su voz, se queda unos instantes colgado de su mirada.

–Exacto –interviene Salva–, igual te sale. Igual te puedes impulsar a pedos.

Algunos compañeros ríen. Otros, antes de carcajearse,

carraspean hasta que Trafalgar rompe a reír también.

–¿Tú crees? No se me había ocurrido –dice, sin dejar de reírse, Trafalgar.

–Te tomas demasiado a pecho el trabajo, esto te tiene que servir de aviso –dice Julia, la de informática–. ¿Puedo preguntar qué te pasó por la cabeza?

–No.

Silencio incómodo. Trafalgar lo rompe:

–Sí que debería dejar el trabajo. Podría hacer otra cosa. Se me da bien bailar. Igual puedo bailar algo. O igual me puedo impulsar a pedos. Podría ser el primer hombre que se impulsa a pedos. Esa sería una buena manera de ganarme la vida –Trafalgar mira a la profesora de informática, que parece abochornada–, ¿cuánto crees que vale eso?

–No sé –dice ella.

–Eso tiene que valer un montón de kilos de mierda –interviene Salva.

Todos vuelven a reír.

–De todas maneras, seguro que te iría mejor bailando o propulsándote a pedos que jugando al fútbol –continúa el profesor de sociales–. Total, eres un paquete.

–Anda ya. Sabes que soy imprescindible en la zaga –responde Trafalgar.

–Para que nos vapuleen –matiza el profesor de sociales.

Más risas. Más carraspeos.

–Los chavales solo saben que te has tenido que ausentar por motivos personales, y que no volverás hasta dentro de un tiempo –dice Pepe, el profesor de historia.

–¿Y al padre del chico qué le has dicho? –pregunta la profesora de informática.

–Lo mismo. Otra cosa es la película que le quiera contar su hijo.

–¿De quién habláis? –interviene Trafalgar.

–Hoy se ha presentado un padre diciendo que quería hablar contigo –dice Pepe.

–¿Ah, sí? –el corazón de Trafalgar da otro giro sobre su propio eje, el aliento se le corta– ¿De quién?

–David García, de tercero de secundaria.